

sep 19/46 G L O S A S de  
 Por JORGE MANACH.

## Aniversario del P. E. N.

ACABA de cumplirse el primer aniversario de la fundación del P. E. N. Club de Cuba. El próximo jueves, hemos de celebrarlo en nuestro almuerzo ritual.

¿Hay, en realidad, mucho que celebrar? Todo depende de que atendamos a la esencia y presencia de aquella intención fundadora o a su mero desenvolvimiento inicial. Pongamos por delante la saludable autocrítica. El P. E. N. Club, que arrancó con bastante brío y vitalidad—casi un centenar de escritores han venido haciendo número en él desde entonces—se fué desmenuzando poco a poco. Algunas de las causas son puramente extrínsecas. La tradición formal de los P. E. N. se hilvana en sus reuniones de yantar. No hay por qué avergonzarse de eso: la costumbre viene desde los griegos, que tanto gustaban de recordar en el *symposium* cómo toda vida es cosa de cuerpo y alma, de doble nutrición. Pero ocurre que el costo de la vida, y por tanto de los almuerzos, ha subido enormemente en Cuba, y no siempre tiene un pobre escritor recurso para el cubierto, aunque sea una vez al mes... Además en el verano, por la tarde prima, hace mucho calor, y la noble plazoleta de la Catedral es algo ahogada, y no acaban de quitarle aquellos herejes letreros rojos, cuya insolencia denunció Chacón.

¿Quién sabe si serían los tales letreros responsables de que no en todas las sobremesas del P. E. N. apenas fundado se opusieran cordialmente las opiniones? No es que hubiera allí jamás trifulca alguna: somos gente civilizada. Pero si hubo la afirmación vehemente, que tiende a apoderarse de toda la verdad, y la contraafirmación que se siente herida por aquella vehemencia, o al menos acosada y como repelida por ella. ¿Qué le hemos de hacer? Somos gente tropical, y el mundo de hoy es muy polémico, con la agravante sobre las épocas de antaño de que hoy todo el mundo cree no sólo que su opinión sea

la única válida y legítima, sino también que es la única decorosa y humana.

Tratamos de superar eso. Algún día aduje yo que debíamos seguir el ejemplo silencioso de nuestras propias bibliotecas. En la mía—y estoy seguro que también en la de cualquier otro miembro medianamente dotado del Club—tengo toda una batería roja de libros marxistas: «El Capital», el «Anti-Dühring», «Materialismo y empiriocriticismo», de Lenin, y Strachey, y todo lo demás. Y no muy lejos tengo todo mi pequeño almacén de filosofía y de sociología clásicas, hasta Belloc, Chesterton y Maritain. Estos libros se llevan muy bien. Se miran los unos a los otros. De tiempo en tiempo, a todos les llega su turno de ser abiertos y releídos: y cada cual dice lo suyo. No hay pelea. ¿Por qué, me pregunto yo, no hemos de ser los hombres un poco como nuestras propias bibliotecas? ¿Por qué no nos hemos de escuchar por turnos, para la aprobación o para la reprobación? ¿Por qué, si entendemos que es nuestro deber de hombres avisados el enterarnos de todo lo que podamos y el leer todos los libros, no hemos de poner el mismo gusto y celo en el canje oral de nuestras opiniones?... ¡Ah, es que lo soberbio en el hombre no es la palabra misma, sino la oralidad!

Pero a lo mejor, repito, son los letreros rojos del mercader en la plazoleta de la Catedral los que fueron encandilando a la gente y haciendo que un ala, la derecha, se nos enredara demasiado con la izquierda, y que acabáramos en «buche y pluma no más»!... Sin embargo, yo no pierdo la esperanza de que todo esto sea superable. No me resigno a que el mundo de la inteligencia se tenga que hacer irremediablemente sectario y cerril. Me seduce todavía la imagen de un convivio en que sea dable juntar, como en los jardines botánicos, todas las especies de la flora del espíritu. ¿Cuánto más interesante no

2

es el mundo así? Si nous étions tout-a-fait d'accord—dicen los franceses—, il ne vaudrait pas la peine de causer!—no: si estuviéramos todos enteramente de acuerdo, no valdria la pena hablar. Uno no se alimenta de sus entrañas, sino de las entrañas de su enemigo, metafóricamente hablando. Justamente una de las cosas que me predispone más contra el mundo homogéneo, rígida y singularmente dirigido, que algunos de mis amigos anhelan, es la perspectiva de que en ese mundo todos tengamos que pensar lo mismo: que no pueda haber un Baquero por un lado y un Guillén por otro.

De manera que el P. E. N. Club ha continuado, y continuará, aunque tenga que irse quedando reducido a una quintaesencia de civilización. Es más: hasta queremos ahora expansionarle un poco la oralidad en ambiente menos oneroso y ahogado. Pensamos organizar tertulias una vez al mes, sin más costo que el café, en paraje fresco y apacible. Pensamos hacer lo posible por restablecer así la ilustre tradición de las tertulias cubanas—Delmonte, Mendive, Azcárate, et al. Mucho se nos ha desmedrado la convivencia y hasta la fecundidad del espíritu desde entonces. Ichaso comentaba hace unos días, con la agudeza que suele, el estrago que hace esta dispersión, por obra de la cual todos andamos reducidos como a un perenne soliloquio, devorándonos nuestras propias ideas, enjuiciándonos nuestra propia obra, contemplándonos sin el contrapeso del parecer ajeno nuestras propias actitudes.

Así no vale la pena ni escribir—me decía Lino Novás Calvo desoladamente la otra noche. Y en efecto, la pobreza creciente de nuestra producción literaria—aunque contemos con tan ricos ingenios en los dos sentidos de la palabra—se debe a dos cosas principalmente: a que el público no se interesa y a que los escritores... tampoco nos interesamos. Y lo uno va con lo otro. Pero si los escritores anduvieran más juntos de lo que están, si conversaran, si se confiaran planes y realizaciones, si se sintieran vigilados, criticados, estimados, tendríamos el lugar cimero de productividad literaria que durante el siglo XIX nos honró, y no ocuparíamos, como ocupamos, el quinto lugar entre los pueblos de América en punto a lectores—lectores, casi todos, de obra importada.

El jueves que viene hemos de hablar de todo esto. Vamos a ver si todos los que dicen que se interesan por la cultura de Cuba asisten al almuerzo del P. E. N. Club ese día para renovar propósitos y considerar nuevos planes. Vamos a ver si podemos llevar atado nuestro pequeño demonio familiar de particularismo ideológico, para exhibirnos solamente el ángel de la buena voluntad cubana. Vamos a ver, compañeros, si nos ponemos de acuerdo para poder hablar. Ya el P. E. N. Club de Cuba está reconocido internacionalmente. Ya aparece incluido en la lista londinense de los convivios de escritores dispersos por todo el mundo. Ya Mr. Hould me pide, desde su jardín británico, que le mande nuevas de nuestra actividad y nuestros coloquios. ¿Tendré que contestarle que definitivamente nos hemos quedado reducidos a «buche y pluma no más»?

*Imo, 29/46*